

**VIDA Y MUERTE DE NARCISO**  
**Por: Carlos Domínguez Morano, SJ (1)**  
En *Los registros del deseo*.  
*Del afecto, el amor y otras pasiones*, c.8.  
Desclée, Col. Serendipit, 2001, 181-208.

El deseo pulsional encuentra un campo fundamental donde expandirse en nuestra misma realidad personal. En los inicios, no sabe de otro lugar donde depositarse. Es nuestra propia realidad, en efecto, la que se constituye como su objeto primario. Desde ahí se irá desprediendo progresivamente, a medida que va encontrando objetos separados que le proporcionan la satisfacciones primeras y con ellas, la misma supervivencia. Pero siempre habrá un ir y veir del deseo desde los objetos, objetos de amor, hasta la propia realidad, también amada. Narciso, por eso, será uno de los nombres que alternativamente toma nuestro deseo. Forma parte del vivir y es, incluso soporte de vida. Pero Narciso ha de permitir el paso al Eros que persigue la apertura a la alteridad y a la realidad misma. De otra manera, Narciso conduce a la esterilidad, a la locura y a a misma muerte. *Pues, al fin y al cabo, hemos de comenzar a amar para no enfermar*, como nos recuerda Freud.

Pero vivimos hoy una era en la que Narciso cobra una relevancia espectacular. Es una invitación permanente, porque se encuentra que el amor a sí mismo constituye una base fundamental de salud mental y desarrollo perosnal. En este contexto, la autoestía, ha veido a convertirse en un concepto central en muchas de las propuestas que se propugnan desde determinadas corrientes patológicas.

### **El concepto de autoestima y sus orígenes.**

El término autoestima se ha convertido en un término común. Pocos conceptos extraídos del campo de la Psicología, en efecto, han pasado al dominio público y al lenguaje cotidiano como el de la autoestima. Ha llegado a adquirir un carácter mítico. De él se extraen explicaciones para iluminar las circunstancias más diversas de la vida y a él parece que hay que remitirse para encontrar vías de solución a los más variados enigmas del comportamiento. No es de extrañar que una bibliografía abundante llene los anaqueles de las librerías y que las diversas editoriales se muestren dispuestas a ala publicación de texto sobre el tema. Las páginas *web* en

---

1 Formación Psicoanalítica en el Centro Médico Psicológico de París e Instituto de Psicoterapia Analítica, Madrid. Prof. Psicología General y Psicología de la Religión en la Facultad de Teología de e Granada (España). Director del Cetro de Psicoterapia Francisco Suárez. Actualmente Presidente de la Asociación Internacional de Estudios Médico Psicológicos y Religiosos (Ginebra). Doctor en Teología, Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación, Formación Psicoanalítica en el Cetro Médico Psicológico AMAR de París, y en el Instituto de Psicoterapia Analítica de Madrid. Autor del libroa: *Los registros del deseo, del afecto, el amor y otras pasiones*. Serendipit, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2001, *El psicoanálisis freudiano de la Religión*, 1991. *Crear después de Freud*, 1992. *Psicoanálisis y Religión, diálogo interminable*, 2000. entre otros.

Internet sobre el tema se multiplican. El éxito está asegurado. Para muchos, en efecto, se ha convertido en la clave mágica con la que obtener la luz definitiva en orden a un buen funcionamiento mental. Para otros, sin embargo, no deja de levantar sospechas muy serias y recelos importantes.

### **Un terreno propicio.**

Evidentemente, este "boom" del tema de la autoestima no acaese sin la concurrencia de toda una serie de factores que, desde ámbitos muy diversos, entran en juego conjuntamente. Conviene repasar, aunque sea de modo sumario, algunos de esos factores fundamentales.

De hecho, el hogar en el que la autoestima viene al mundo y se desarrolla es el de la Psicología Humanista, movimiento que encuadró figuras de talante y configuración teórico-técnico bastante diversas, pero que se mostró unánime a la hora de llevar cabo una especie de "redención" de la imagen negativa que tanto el conductismo como el psicoanálisis habían construido sobre el sujeto. La Psicología Humanista se autoproclama así, a modo de manifiesto programático en un escrito de 1962, como *"la tercera rama fundamental del campo general de la Psicología"* en una referencia primaria a *aquellas capacidades y potencialidades humanas apenas consideradas por psicoanálisis y psicología conductista: amor, creatividad, personalidad, organismo, gratificación de las necesidades básicas, autoactualización, valores superiores, alma, autorealización, espontaneidad, juego, humor, afectividad, naturalidad pasión, cordialidad, trascendencia del yo, objetividad, autonomía y responsabilidad, intencionalidad, "fair play" y conceptos parecidos*<sup>2</sup>. El terreno optimista que necesita un concepto de como el de autoestima estaba, como se puede fácilmente colegir, asegurado con este andamiaje mental, en el que lo consciente vuelve a ganar terreno sobre lo inconsciente, lo normal sobre lo anormal y lo "espiritual" sobre lo pulsional o instintivo. Pero es evidente también que cada psicología encuentra su campo de nacimiento y desarrollo en unos determinados ámbitos socio-culturales, económicos e, incluso, políticos. Porque si bien muchas de las figuras de la Psicología Humanista procedían de la Europa perseguida por el nazismo (K. Goldstein, F. Perls, Ch. Bühler o E. Fromm), fue en América donde encontró el ambiente más propicio para desarrollarse y fueron americanas sus figuras más representativas (A. H. Maslow y C. Rogers). El espíritu entusiasta y juvenil de la cultura americana se unió así a las corrientes fenomenológica y existencialista con la que venían marcados esos autores de procedencia europea. No fue ajeno tampoco al nacimiento de la nueva psicología el espíritu optimista del "nuevo pacto" (*new deal*) que Roosevelt sitúa en el centro de su programa político para sacar adelante a una nación que había experimentado la fuerte crisis económica de los años veinte. La Psicología Humanista nace, ciertamente, en una cultura que no ha bebido directamente en la tragedia griega ni el teatro del absurdo

---

<sup>2</sup> S. STANSFELD SARGENT, *Enfoque humanístico de la personalidad*, en : B. B. WOLMAN, *Manual de Psicología*, Vol. 4, 342-359.

europeo, sino, más bien, en otra que saborea el impulso de un espíritu joven y creador (cuyo mejor exponente y cantor lo encontraríamos en Walt Whitman) unido a un importante bienestar económico. La autoestima encuentra de este modo un hogar acogedor para crecer y desarrollarse.

Más de fondo, habría también que considerar que el concepto de autoestima se hace posible también desde la conciencia del valor de lo personal que se instaura en la cultura occidental con la conciencia y el desarrollo de los derechos individuales. La afirmación del individuo constituye, sin duda, la gran conquista de la modernidad. Es la otra ética que, como “ilustración del egoísmo” y el “apasionado interés por el bien propio”, se defiende en el ámbito teórico por unos<sup>3</sup> y se propaga en la sensibilidad y opinión de muchos otros. El individualismo -señala F. Savater- puede ser visto por muchos como la más alta conquista del sujeto post-industrial y post-moderno, libre del colectivismo y del totalitarismo<sup>4</sup>. Lo que ocurre, es que como también señala el mismo Savater, ese mismo proceso de individuación generado por el cambio social se presenta igualmente como una vía de riesgo<sup>5</sup>. Pero sobre ello vendremos más adelante.

No podemos olvidar, por último, como factor determinante a tener en cuenta para comprender el auge y el entusiasmo con que es acogido el concepto de autoestima, la dimensión superyoica y culpabilizadora favorecida, en general, por la cultura judeocristiana. Toda la teoría sobre la autoestima ha venido como agua de mayo para aliviar el peso de unos intensos auto-rechazos introyectados por muchos desde unos planteamientos pedagógicos o espirituales que hicieron de la negación de sí y de la culpabilización permanente el eje central de su propuesta. No es de extrañar, por tanto, que en los ámbitos marcadamente religiosos el tema de la autoestima gane adeptos por días. En ellos se encuentran las personas más fácilmente castigadas. La autoestima ha venido a ser así para muchos como la legalización de un necesario amor a sí mismo que se encontraba, desde muchos lugares, estigmatizado. Está permitido tener una buena mirada sobre sí, tratarse con consideración y mimo, sin sentir por ello el obligado peso de la culpa. *Date la buena vida* es el título significativo y, sin duda, provocador que Fernando Savater da a uno de los capítulos de su *Ética para Amador*<sup>6</sup>.

Como señalaba más arriba, la autoestima no provoca tan sólo entusiasmos y adhesiones. También genera en otros muchos recelos y sospechas considerables. Sin duda, la mayor de todas ellas concierne a las complicidades que podrían darse

---

<sup>3</sup> Cf. las obras de tanto eco entre el público español como las de F. Savater, *Ética como amor propio*, Mondadori, Madrid 1988 y *Ética para Amador*, Ariel, Barcelona 1992 .

<sup>4</sup> *Ética como amor propio*, 146.

<sup>5</sup> *Ib.*, 146-159.

<sup>6</sup> *Ib.*, 67-81.

entre ésta la autoestima y las dimensiones más narcisistas de la personalidad. En general, los mismos autores que estudian y analizan el concepto de autoestima, se cuidan por señalar escrupulosamente las diferencias de ésta respecto a unos problemáticos modos de egocentrismo infantil. Sin embargo, un análisis más detallado de la literatura sobre el tema parece indicar que aún no parecen suficientemente delimitadas las fronteras y las implicaciones existentes entre este concepto y el de narcisismo. Y lo que es más importante, parece que en determinados modos de proclamarse y exaltarse el ideal de la sana autoestima, se pierden de vista los efectos a los que, en la práctica, se da lugar, muy alejados de los planteamientos que pudieron ser, sin embargo, muy correctos en la teoría. Sobre estas cuestiones son sobre las que intentamos reflexionar.

### **Repensando el narcisismo.**

Sin duda, el concepto psicológico con el que la autoestima presenta más resonancias es con el de narcisismo. Pero este concepto, a su vez, se muestra dentro del campo de la psicología y del psicoanálisis como enormemente ambiguo y polisémico. El mismo término de autoestima, está lejos también de verse suficientemente clarificado. De ahí, que las fronteras entre ambos términos fluctúen y se establezcan en unos casos u otros de modos diferentes, según los modos particulares de entenderlos. Para unos será posible que se dé un narcisismo que no vaya acompañado de un paralelo sentimiento de autoestima o que, incluso, lo dificulte seriamente. Otros pensarán, por su parte, que la autoestima puede formar parte de las actitudes profundas de un sujeto, sin que por ello haya que pensar en ningún tipo de narcisismo en su base. En definitiva, si se considera que autoestima y narcisismo son conceptos concurrentes, va a depender del modo en el que uno y otro se interpretan. Interesa, pues, clarificar previamente qué se entiende por una cosa y otra. Para ello, será importante volver al concepto de narcisismo, tema central hoy dentro de la teorización psicoanalítica.

El término narcisismo es introducido en el campo psiquiátrico por Havelock Ellis en 1898 y utilizado por el criminólogo Paul Näcke en 1899 como modalidad de perversión sexual <sup>7</sup>. En cualquier caso, fue S. Freud el que le dio carta de naturaleza dentro del campo del psicoanálisis, pasando desde ahí a formar parte del acecho común de la psicopatología, de la psiquiatría e, incluso, del lenguaje vulgar.

El narcisismo es introducido en el psicoanálisis ante la necesidad de comprender una serie de fenómenos de la vida psíquica en los que se evidencian la dificultad para acceder a una realidad que no sea la de la propia vida interior. El sujeto aparece así constreñido a permanecer enclaustrado en su propio psiquismo, sin posibilidad para reconocer aquello que, por muy cercano que se le presente, sea diferente o se oponga a lo que existe en el mundo de sus deseos. Como el personaje del mito,

---

<sup>7</sup> Así lo señala Freud en Tres ensayos para una teoría sexual, 1905, en una nota de 1915, confesando su error e el texto Introducción al narcisismo, donde le atribuye la paternidad a Näcke. Cf. O.c., II, 1222 y II, 2017.

queda narcotizado <sup>8</sup> ante su propia realidad, representa e la imagen de sí mismo que le absorbe por completo.

Según ya pudimos ver, fue con la homosecualidad, como dificultad para acceder a a diferencia de sexo, con lo que primeramente Freud asoció en su texto el narcisismo <sup>9</sup>. Ya vimos señalamos que la homosexualidad que muy pronto comenzó a considerarlo coo una etapa particular dentro del desarrollo afectivo (libidinal), que se situaba, a modo de puente, entre un primitivo autoerotismo y la posibilidad de llevar a cabo una elección de objeto exterior, es decir, de depositar cargas de afecto en personas o cosas del mundo externo <sup>10</sup>. Así pues, en el autoerotismo, el sujeto se encontraría en una situación primitiva en la que, sin poseer aún una imagen unificada de sí mismo, obtendría la satisfacción erótica en su propia realidad personal, sin participación alguna del mundo exterior. El narcisismo vendría entonces a un paso intermedio en el que el sujeot, sin llegar todavía a interesarse por ningún objeto amoroso externo, lo hace sobre esa nueva estructura de la personalidad que le uifica y que es su propio yo. Esa fase narcisista que Freud consideró indispensable, podía, sin embargo, permanecer más allá de lo deseable, manteniéndose en buena parte durate los estados ulteriores de la evolución o, incluso, volver a instalarse a partir de un movimiento de regresión <sup>11</sup>. Os encontraríamos entonces con peronalidades cuya dinámica afectiva fudamental estaría marcada por esa afección particular a su propio yo, con la consiguiente dificultad para reconocer y acceder afectivamente a la realidad externa. El propio mundo, la propia actividad de pensar, los afectos particulares del sujeto, que dan claramente privilegiados en relación a las condiciones y exigencias del mundo exterior.

## Los registros del narcisismo

Desde esta primera posición, en la que elnarcisismo figura como una etapa particular dentro del proceso de evolución libidinal, Freud pasa a ver

---

<sup>8</sup> El nomb re de Narciso procede etimológicamente de narcosis, con lo que viene a significar algo así cmo "atontado". Posee la misma raíz de narcótico.

<sup>9</sup> La primera aparición del término aparece, e efecto, en una nota de 1915 a los Tres ensayos para una teoría sexuañ, 1905 (II, o.c., II, 1178), para comprender el modo de elección de objeto homosecual, realizada conforme a la propia imagen del sujeto. Según Freud, la adherencia a la madre conduce a una identificación con ella y, a partir de ahí, se emprende una *elección narcisista de objeto*, mediante la que intenta encontrar en el otro la propia iamgen, al mismo tiempo que elude la *angustia de castración*. La misma línea se sigue en el ensayo *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*, 1910 (o.c., II, 1598-1599). Desde entonces, las relaciones de homosexualidad con el narcisismo han sido ampliamente discutidas. Por mi parte, centré la atención detenidamente en esta cuestión en *El debate psicológico sobre la homosexualidad*, en la obra citada de J. Gafo, *La homosexualidad: un debate abierto*, 13-95.

<sup>10</sup> S. Freud, *Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paraoia ("Dementina paranoides"])* *autobiofráficamente descrita*, 1517.

<sup>11</sup> Cf. *Totem y tabú*, 1914, oc, II, 1803-1804; *La disposición a la neurosis obsesiva*, 1913, oc. II, 1740.

preferentemente en el narcisismo un estado del mundo afectivo, clave para comprender situaciones tanto patológicas como de la vida normal. Ya no es tanto un período que se atraviesa en la evolución de la libido, sino más bien, una situación particularmente intensa durante el período infantil, pero que ha de ser tenido en cuenta como capítulo básico de toda vida afectiva, ya que subsiste siempre en diversas, pero importantes modalidades. E esa vida afectiva será siempre perceptible una oscilación alternante entre la concentración narcisista del sujeto, que una y otra vez se retrotrae a su propia realidad, y el interés, la atención y la atracción por el mundo de los objetos externos, personales o no <sup>12</sup>. Así, pues, el narcisismo pasa a ser una clave fundamental a tener en cuenta para comprender la relación del sujeto consigo mismo y con los objetos de su mundo externo. Así se presenta en ese texto principal dentro de la teoría psicoanalítica que es la *Introducción al narcisismo de 1914*. <sup>13</sup>

Desde esta nueva óptica, el narcisismo pasa a ser la clave fundamental para la comprensión de la dinámica de la personalidad y de sus conflictos. La neurosis, desde este punto de vista, se entenderá como una dificultad de contacto con la realidad, mientras la locura será vista, de modo más radical, como una ruptura con el mundo externo y un retraimiento masivo de la energía psíquica hacia el propio yo <sup>14</sup>. Efectivamente, en la psicosis, el sujeto sustrae todo su interés del mundo exterior, se retira de él y crea un propio mundo, al antojo de sus deseos o temores más profundos. Si en su delirio el psicótico se convence, por ejemplo, de que es Napoleón, de nada servirían todos los argumentos que desde fuera le ofreciera e sentido contrario. Ten solo se preocupará por encontrar a su Josefina, en una escandalosa negación de la realidad. Es el narcisismo en una situación tan extrema, que imposibilita proyectar la libido sobre el mundo externo. Toda ella queda reatráida trágicamente en la propia realidad.

Con menor intensidad, el neurótico será también testigo de ese exceso de libido en su propio yo. De ahí, las serias dificultades que experimenta para adaptarse y encajar las frustraciones que proceden de su mundo externo. Los neuróticos -había

---

<sup>12</sup> *La libido narcisista se transforma continuamente en libido objetal y viceversa*, afirma Freud en *Autobiografía*, 1924, o.c., III, 2789.

<sup>13</sup> En esta obra la atención freudiana se centra fundamentalmente de la doble corriente de la pulsión sexual en la libido objetal y otra narcisista. El Yo aparece ahora como el gran reservorio o depósito de la libido: es el que maneja las cargas libidinales, pudiendo ser él mismo también objeto de las mismas.

<sup>14</sup> Ya en el texto antes citado *Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia ("Dementia paranoides") autobiográficamente descrita*, 1911, se había establecido una relación entre locura y narcisismo. Cf. O.c., II; 1517, 1523, 1525-26. Considera Freud que en la represión la libido retraída queda en suspenso, produciendo somatizaciones en la histeria y una acumulación sobre el propio Yo en la paranoia, generadora de los delirios de grandeza propios de esta afección. En el caso de la esquizofrenia, la regresión sería aun mayor, llegando hasta la etapa del autoerotismo primitivo. Cf. *Ibid.*, 1523-1526. En esta misma línea, cf. También *la disposición a la neurosis obsesiva*, 1913, o.c., II, 1738-1739; *Lo inconsciente*, 1915, o.c., II, 2078. Sobre la profunda relación que Freud advertirá entre el narcisismo y la melancolía. Cf. *Duelo y melancolía*, 1917, II 2096; *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, 1916-1917 o.c., II, 2389-90.

expresado Freud en *Totem y tabú- no atribuyen eficacia sino a lo intensamente pensado y representado efectivamente, considerando como cosa secundaria su conincidencia con lo real* 15. La sobrevaloración de los propios procesos mentales se impone en su juicio, originando una especie de malintencionado y poco estratégico desprecio de la realidad, que da lugar a todo ese sufrimiento "suplementario" que caracteriza a la neurosis. Dicen que el psicótico es el que, desde su ruptura con el mundo exterior, afirma que dos y dos son cinco. Mientras que el neurótico se relaciona así con las personas y las cosas por mediación de sus fantasmas, mezclándose con los objetos de su relación, y, por tanto, desenfocándolos en mayor o menor grado. El psicótico, sencillamente, deja el objeto de lado, ha prescindido de él, a favor de su propio mundo de apetencias.

Pero también en la vida normal el narcisismo juega papeles de importancia. No podemos, en efecto, dejar de ir y venir a esa situación en la que, como en una especie de seno materno, regresamos hasta lo más antiguo y primitivo de nuestro mundo mental. Allí donde no existía otra realidad que la de nosotros mismos. Así ocurre, por ejemplo, cada día en la situación del despertar y dormir. Como en la psicosis, durante esas horas, no existe para nosotros más realidad que la de nuestra vivencia interior. Como en la psicosis, también al soñar, vivimos experiencias imaginarias creadas por el mundo de deseos y necesidades más primitivas. Allí, en las historias fantásticas de nuestros sueños, creemos ver y oír aquello que no es sino resultado de nuestra imaginación particular. Y le damos fe con una fuerza extraordinaria. Como en la psicosis, pues, nos enclaustramos en nuestro mundo interno en un narcisismo muy radical, que nos asemeja a un gusano de seda que confunde el mundo con el espacio interior a su propio capullo 16. No deberíamos olvidar, para mantener una mejor comprensión de nosotros mismos, que gran parte de nuestra vida, la que pasamos durmiendo, transcurre así en una situación de narcisismo radical.

Sin llegar a esa posición tan extrema, el narcisismo emerge también, como en continuas oleadas, a lo largo de nuestra vida despierta en otras muchas situaciones. Entre ellas, es quizás la de la enfermedad, la que puede figurar como prototipo de retracción narcisista normal. Un dolor de muela retira todo nuestro interés por el resto de la realidad y concentra toda nuestra atención y preocupación en ese órgano afectado por el dolor 17. Una dosis de narcisismo será incluso necesaria para que pongamos en marcha, en favor de nosotros mismos, remedios que alivien nuestro malestar. Es más, si esa dosis de narcisismo faltase, tendríamos que sospechar que algo no marcha bien en nuestra dinámica personal 18.

---

15 Cf. O.c., 1913, oc., II, 1802.

16 Cfr. S. Freud, Introducción al narcisismo, 1914, oc., II 2022; Lecciones introductorias al psicoanálisis, 1916-1917, o.c., II 2382; Adición metapsicológica a la teoría de los sueños, 1917, o.c., II, 2083; *Psicología de las masas y análisis del Yo*, 1921, o.c., III, 3066.

17 Cf. S. Freud, *Introducción al narcisismo*, 1914, o.c., II, ; *Inhibición, síntoma y angustia*, 1926, o.c., III, 2882.

18 Cf. H. Kohut, *Juicios de valor que rodean al narcisismo, en los seminarios de Heinz Kohut*, Paidós,

No deberíamos olvidar que todos partimos desde una situación de narcisismo radical ("primario", lo llamó Freud) en la que la única realidad existente era la nuestra y que, de alguna manera, se mantiene de por siempre una profunda tendencia a recuperar esa situación primitiva en la que el mundo se confundía con nosotros mismos. Desde ahí, se abre un complicado y dificultoso proceso de apertura a la realidad externa. Pero nunca resulta fácil, ni se lleva a cabo sin complicaciones, esa necesaria renuncia a la tendencia centrípeta que, de modo permanente, nos empuja a volver sobre nuestro propio yo como centro del universo, dejando tras una neblina, más o menos espesa, todo el resto de la realidad existente. La posibilidad de efectuar regresiones a posiciones narcisistas primitivas y ya superadas siempre estará ahí para todos. Una desilusión amorosa, un fracaso en las relaciones sociales o una intensificación general de la libido que no encuentre derivación por los caminos ya abiertos puede bastar para que una regresión efectiva tenga lugar.

La fascinación por nuestra propia realidad se asemeja a la de Narciso ante su imagen especular. Y resultan múltiples las formas en las que se reaviva en nosotros, sin que en la mayoría de las ocasiones, nos percatemos siquiera de ello. Incluso los otros están ahí con frecuencia también para facilitarnos esa mirada en el espejo que nos llena de complacencia. Son y operan como la disculpa para una disimulada autocontemplación. ¿O es algo así, tal como analizábamos la hablar de la relación con los hijos, lo que sucede cuando nos quedamos fascinados ante el bebé que vive así en un mundo de autocomplacencia absoluta y en una indiferencia total sobre todo lo que acontece en su exterior? En ese momento, él es la remembranza del paraíso que perdimos, la de una existencia sin alteridad que viniera a perturbarnos. Como sucede también algo parecido en la identificación con personajes del cine o la literatura que viven para su propio yo, en un egoísmo y una indiferencia, incluso psicopática, frente a los otros. Como señala Freud a este propósito, *es como si les envidásemos por saber conservar un dichoso estado psíquico, una inatacable posesión de la libido, a la cual hubiesemos tenido que renunciar por nuestra parte* 19. Es curiosa, en efecto, y sin duda significativa, la profunda atracción y el gran público que logran congregarse a su alrededor los grandes narcisistas de nuestra cultura.

## **Narcisismo y cultura**

La vida y la sociedad parecen entender nuestras profundas necesidades narcisistas y nos procuran, de modos variados, suministros que alivian nuestras permanentes nostalgias. Entre ellos los hay más o menos sanos, más o menos productivos y más o menos peligrosos. Suministro narcisista el que experimentamos todos mediante ese maduro sentido del humor, con el que según ya vimos, pretendemos reírnos, con una

---

Buenos Aires 1990, 19-35.

19 *Introducción al narcisismo, 1914, o.c.*, II, 2026.

cierta omnipotencia infantil, de una realidad que, de hecho, se nos impone. O el que el bailarín experimenta emborrachado en el movimiento de su propio cuerpo en danza, como también el del artista que da causa a su más subjetiva realidad en la acertada elaboración de su creación estética. Si el narcisismo fuese, sin embargo, tan fuerte que viniese a elitizar la intencionalidad comunicativa, nuestro sentido del humor, nuestra danza o nuestra obra de arte nos atraparían como el agua que, fatalmente, ahogó a Narciso.

Si el arte, el humor o el trabajo constituyen fuentes que, sin duda, alivian nuestras exigencias narcisistas, la religión se presenta indiscutiblemente también como una de las instituciones sociales que de modo más amplio puede venir a establecer complicidades, de las más sanas y patológicas también, con el narcisismo. Con frecuencia, ella se ofrece como el lugar de amparo en el que se hace posible mantener sentimientos infantiles de omnipotencia frente a los embates que nos vemos obligados a encajar en otros campos de la existencia. *Todo es posible para el que tiene fe.* Quizás se podría expresar, en toda su terrible ambigüedad, el dinamismo sanamente potenciador, desde una visión esperanzada de la vida o, por el contrario, el potencial destructivo que la religión puede generar también en los seres humanos, desde una exaltación de los sentimientos infantiles de omnipotencia que se empeñan en negar, con mala fe, las condiciones de la realidad. En efecto, *todo es posible* desde esa fe. Lo mejor y lo peor también. Sabemos de la misma manera como, en la cercanía con la religión, la moral se ofrece también como un campo fértil para el desarrollo de actitudes narcisistas. La realización de los ideales éticos, la victoria sobre las inclinaciones consideradas inferiores, puede reforzar sanamente el sentimiento de logro y éxigo del yo, pero puede también, en ocasiones, colmar de un orgullo narcisista sumamente peligroso para el mismo sujeto y para los que le rodean. No podemos olvidar que el narcisismo infantil se transforma y modifica, pero se mantiene también, en el Ideal del yo, que por la identificación con las representaciones sociales, se convierte en la instancia de la personalidad más íntimamente asociada con la vida moral.

También los diversos grupos sociales se ofrecen ante nosotros brindándonos la posibilidad de alimentar nuestra propia imagen mediante la identificación con lo que ellos pretenden representar. Nos creemos así engrandecidos cuando pertenecemos a tal o cual institución prestigiosa, cuando somos "socios" o hinchas de un prestigioso equipo de fútbol, cuando formamos parte del tal o cual región, nación o grupo étnico que se pretende no sólo -como con frecuencia se dice- ser "diferente", sino como, generalmente, en el fondo se piensa, ser "superior" a los que le rodean. El "*narcisismo de la pequeña diferencia*" le llamó Freud a ese que manifiestan hostilmente los grupos que, frente a aquellos otros con los que poseen más elementos de identidad, resalta su pequeña semejanza, que les diferencia y, sobretudo, les hace creerse superiores. Una importante reflexión de actualidad sobre los nacionalismos se podría llevar a cabo desde esta sugerente propuesta freudiana. Ese narcisismo grupal, por lo demás, ha sido también exaltado y manipulado con frecuencia por los poderes políticos como golosina que endulza la injusticia y

favorece la resignación en los sectores más desfavorecidos. Como si la pertenencia a "grupo tan floridos" restara dolor y compensara convenientemente por la opresión que se padece.

### **El narcisismo, el amor y la muerte**

Como vemos, serpentea por todas partes el narcisismo en nuestra dinámica personal y colectiva, pero no deberíamos todavía olvidar que, con frecuencia, puede hacerlo de modo subrepticio, llegando a camuflarse, incluso, con aquello que se presenta como su más lograda antítesis y superación; es decir, con el ropaje del amor esta puede ser su mayor victoria. La de revestirse de una aparente dedicación y entrega amorosa para obtener, de ese modo, su más refinada satisfacción. Es mucha la turbiedad que se puede esconder en el amor. Porque, en efecto, no toda relación interpersonal es, forzosamente, una relación de objeto entre un sí-mismo y otro. Hay amores donde el otro no es sino una parte de sí mismo y otro (objeto de sí mismo los podríamos denominar). De ello sabe bien la dinámica histérica, que en su actitud sacrificada y aparentemente generosa y entregada, no pretende sino rendir al otro para satisfacer su propia experiencia de amar. La persona histérica -se ha dicho- ama el Amor; es decir, o ama al otro, sino tan solo a sí mismo, contemplándose en la experiencia de amar. Por ello es capaz de acosar, de sobreproteger, de invadir al otro con la excusa del amor. En realidad le ignora, porque es incapaz de acceder a la diferencia que implica la alteridad.

No se impone la consideración y el amor al otro de modo fácil, directo y desinteresado. No podemos olvidar que son frustaciones primariamente narcisistas las que inician ese camino hacia el amor del otro. Y ese otro no es reconocido como tal sino a través de complejos y difíciles procesos anímicos, que permiten superar la primitiva resistencia frente a cualquier realidad que no sea la propia. El impulso a poseer el objeto, incorporándolo a la propia realidad, es un primer paso en el proceso de apertura y encuentro amoroso con el otro. Así como el deseo de controlarlo y dominarlo como parte de uno mismo (en una ambivalencia que tiñe la relación de deseo y rechazo, de amor y de odio), expresa todavía, más tarde, la dificultad que todos experimentamos para dar una plena entrada y reconocimiento del otro en tanto realidad libre y diferente. Y cuando la realidad de ese otro se deja ver, descontaminada ya esencialmente (nunca de modo pleno) de intereses egoístas, la dinámica narcisista, permanecerá siempre ahí, aguardando dejar en el otro la marca de la propia imagen. Narciso no cesa en su empeño de reducir el mundo a su propia realidad.

Si en los primeros momentos el narcisismo apareció ante los ojos de Freud como un estadio de desarrollo libidinal y, posteriormente, como un estado oscilante de toda afectividad, en sus últimas reflexiones el narcisismo se vio particularmente emparentado con la pulsión de muerte y la destructividad. Narciso busca volver atrás, allá donde no existía sino su propio ser como totalidad. Narciso pretende

repetir su propio ser en la imagen que le refleja. Y la repetición de lo mismo es el gran nombre que Freud asignó a la pulsión de muerte y la destructividad. Esa pulsión de muerte, cuya *satisfacción se acompaña de extraordinario placer narcisista, a pues ofrece al yo la satisfacción de sus más arcaicos deseos de omnipotencia* 20. El psicoanálisis posterior a Freud ahondó de modo importante esa relación estrecha que hay que establecer en el narcisismo y la muerte. Relación que de modo paradigmático se ilustra ya en el mito griego: el final de Narciso es la esterilidad. Prendado de sí, no encuentra sino la muerte en el agua que refleja 21.

### **El buen Narciso**

Desde el carácter polisémico que, según hemos visto, posee el concepto de narcisismo en el texto freudiano, cabe señalar que también las dimensiones positivas que el narcisismo puede desempeñar o escaparon a su consideración. Significativamente, en una nota añadida en 1931 al texto *El malestar en la cultura, 1930* (22), advierte Freud que habría que tener en cuenta lo que una sana articulación de libidobjetal y libido narcisista puede suponer en orden a la conquista de la posible felicidad. *El narcisismo primitivo del niño es decisivo para el desarrollo del carácter*, señaló también en *Totem y tabú, 1914* (23). Es el narcisismo, en efecto, el que, desde el amor a sí mismo, impulsa el miedo a la castración y actúa como freno en las tendencias incestuosas durante el complejo de Edipo. De ese modo el narcisismo encamina al sujeto en la vida de la necesaria renuncia, pero indispensable para la superación de la situación edípica.

El narcisismo contribuye también al desarrollo de personalidades fuertes e independientes, que pueden llegar incluso, en razón de su misma dinámica narcisista a preferir amar a ser amados (ya hemos visto que el narcisismo se constituye también a veces en motor de aparente entrega) y que resultan particularmente aptas por ello para servir de apoyo al prójimo, para asumir el papel de conductores y para dar nuevos estímulos al desarrollo cultural 24. El narcisismo contribuye así al desarrollo de lo que llamamos "grandes personalidades" que, aun siendo, a veces, como sabemos, muy deficientes en otros aspectos quizás fundamentales de la vida, presentan, sin embargo, el valor de constituirse en factores importantes de desarrollo social y cultural.

---

20 *El malestar en la cultura, 1930, o.c., III, 3052.*

21 Han sido M. Klein, W.R. Bion, J. Laplanche, A. Green, P. Heimann, H. Rosenfeld o O.Kernberg los autores que han tenido más consideración las dimensiones destructivas del narcisismo. De modo particular, A. Green, en su obra *Narcisisme de vie, Narcisisme de mort*, Minuit, Paris, 1983, diferencia un narcisismo unitario, integrador y positivo, por tanto, de otro, letal, cuya tendencia no *va a lo uno, sino al cero*, que no busca tanto el dolor como la inexistencia, el vacío, el blando o a nada. En la obra de M. Klein, el narcisismo aparece ligado íntimamente con la pulsión de muerte y más en particular, con la envidia, de la que es su mejor defensa. Cf. R.D. Hinshelwood, *ibid*, 444-452.

22 Cfr. O.c., III, 3030.

23 O.c., II, 1804.

24 Cf. S. Freud, *Sobre los tipos libidinales*, 1931, *oc*, 3055.

Pero, a pesar de estas claras indicaciones freudianas, hay que considerar que una de las aportaciones más singificativas del psicoanálisis posterior a su fundador se sitúa en la clarificación de la dinámica narcisista que suone la diferenciación de un narcisismo sano y un narcisismo patológico 25. En el primero, se considera esencialmente la función necesaria que desempeña en la configuración de la personalidad (al que habría que enlazar el concepto de sana autoestima) y, en el segundo, se advierten las fijaciones y regresiones a ese estado afectivo que, pueden llegar a configurar un cuadro clínico, hoy particularmente estudiado y delimitado y que es conocido como *trastorno narcisista de personalidad*.

Heinz Kohut figura con razón como la figura más emblemática en resaltar las funciones positivas que el narcisismo puede jugar en el desarrollo y la potenciación de la personalidad 26. No sin crear cierta polémica, este autor ha criticado los juicios de valor que muchas veces están implicados e los análisis que se llevan a cabo sobre este concepto 27. El correcto desarrollo del "Self" (sí-mismo) pasa necesariamente por la importancia que adquieran los aspectos narcisistas de la personalidad. Es fundamental que se den una serie de experiencias positivas derivadas de lo que este autor denomina "espejamiento empático" con el objeto materno. Mediante una adecuada relación con la madre, siendo convenientemente sostenido por ella (ese "holding" del que nos habló Winnicott), el niño puede pasar desde una posición primitiva de autoerotismo (en el que su "Self" se encuentra todavía en un estado de fragmentación) al narcisismo que le hace sentirse poderoso y colmado, no impotente y vacío. Llegará el momento en el que esa primera grandiosidad así adquirida irá siendo dominada, modelada y transformada en un narcisismo sano, que significa tener un Self cohesivo e integrado. El narcisismo, así, en la visión de Kohut se presenta como un fenómeno afectivo que se produce en el ámbito de los vínculos intrapersonales, particularmente en los que sostiene la figura materno en el niño.

Es el amor de la madre el que "carga" al hijo con un necesario amor a sí mismo, fundamental para que adquiera una confianza en su propia realidad y en la vida. Tendríamos aquí, pues, desde la perspectiva psicoanalítica, el respaldo afectivo de lo que hemos venido en llamar autoestima.

---

25 Se podrían señalar también otros aspectos importantes e la clarificación pst.freudiana del narcisismo tales como los que indica J.L. Trechera en su obra citada *¿Qué es el narcisismo? (63-899)*. Así, tendríamos la asentuación del elemento de la "omnipotencia", del aspecto defensivo del narcisismo, de su diensión destructiva, así como del cuestionamiento de un narcisismo primario a partir de M.Klein y de la teoría de las relaciones objetales".

26 Otras figuras de relevancia dentro del campo psicoanalítico han resaltado igualmente las dimensiones constructivas y estructurantes del narcisismo. Cabe resaltar entre ellas a J. Laplanche, B. Grunderger, F. Pache, W.R. Bion y A. Green entre otros. De este último, cabe resaltar *El narcisismo primario ¿Estructura o estado?*, Proteo, Buenos Aires, 1970.

27 Este autor (1913-1981) fue radicalizando progresivamente sus posiciones inicales hasta llegar a sustituir plenamente la teoría freudiana de las pulsiones por sus análisis del narcisismo, situado así en el centro de la teoría psicoanalítica. Cf. H.Kohut, *Análisis del Self*, Amorrortu, Buenos Aires, 1977 y la ya citada *Los seminarios de Heinz Kohut*. Una crítica de las ideas básicas de este autor la encontramos en M.N.Eagle, *Desarrollos contemporáneos recientes en psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1988.

Esa vertiente estructurante del narcisismo es la que se pone también de relieve en su participación dentro de los procesos identificatorios, que progresivamente van constituyendo al Yo y cofiriéndolo su particular configuración y solidez. Es el interés por uno mismo, el amor de sí el que, en efecto nos conduce a esa apropiación incorporación del otro o de un aspecto suyo que os resulta atrayente y que define al proceso de identificación. Nuestras potencialidades creativas y sublimatorias, nuestra capacidad de amar o también de saber estar solos, todo ello debe mucho a ese narcisismo que nos empujó a llevar a cabo nuestras identificaciones más constitutivas. Se ha podido así comparar al narcisismo con el cimiento mismo del edificio de la personalidad 28. Sobre él se añadirán materiales que, a modo de tabiques y vigas, son los objetos buenos y malos que vamos incorporando en nuestro interior a partir de las relaciones con los otros. Pero el narcisismo hace de base que permite o no la coherencia a todos esos "materiales" posteriores a nuestro edificio personal.

Pero vemos así, que el narcisismo juega un papel rector en la construcción de la personalidad. Y que sus fallas pueden fácilmente acarrear perjuicios de consideración.

### **Narciso el destructor**

Ya lo hemos visto. El narcisismo constituye uno de los conceptos más ambiguos y polisémicos de toda la teoría psicoanalítica. Presente en la constitución de lo que somos, haciendo acto de presencia de modo intermitente una y otra vez en nuestra vida, facilitando nuestros progresos y nuestras retenciones, Narciso es un ser confuso y fácilmente hace en caer en la confusión tanto al que lo experimenta como al que lo piensa. Si de Narciso necesitamos para salir adelante con cierta fortaleza en nosotros mismos, su presencia masiva en nuestra vida puede terminar por atorar el encuentro con la alteridad y conducir de ese modo al aislamiento más peligroso y destructor.

Ya M. Reich, que no había dejado de considerar los aspectos positivos que el narcisismo desempeña en nuestro desarrollo, describió lo que desde entonces se denominó "carácter fálico-narcisista". Delineaba así la dinámica de sujetos marcados por actitudes de arrogancia, abnición, alta impulsividad, exhibicionismo, sadismo etc. 29. Pero ha sido sin duda el mismo H. Kohut, el "patrón" y apologeta del sano

---

28 Cf. P. Guillem, J.J.A. Loren E. Orozco, *Ibid*, 73. Los autores insisten, con razón, en la vertiente progresiva y o sólo regresiva que poseen las identificaciones narcisistas. Los mismos procesos sublimatorios -señalan estos autores- son también relacionados íntimamente con el narcisismo, en la medida en la que la sublimación es guiada por el Ideal del Yo, instancia, como sabemos, constituida esencialmente de material narcisista, *Ibid*, 84-92.

29 Cf. Así se describe detalladamente en su obra *Análisis del carácter*, Paidós, Buenos Aires, 1976, 212-218.

narcisismo, quien introdujo en 1968 el concepto "trastorno narcisista de personalidad", que ha llegado a adquirir enorme relevancia dentro del panorama psicopatológico actual<sup>30</sup>. Fue, sin embargo, O. Kernberg quien ofreció quizás la descripción más coherente de este cuadro clínico e lo que, en otros términos denominó "Estructura de la personalidad narcisista" 31.

Las descripciones clínicas de la patología narcisista han sido, desde entonces, variadas 32. Aunque rodando siempre unos rasgos comunes, que finalmente, so recogidos en 1980, bajo el término de "trastorno narcisista de personalidad" por El *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* de la Asociación Americana de Psiquiatría (33). Como criterios para su diagnóstico se señala el sentido grandioso que poseen de sí mismo y de sus logros y capacidades, una acentuada tendencia a producir fantasías de éxito y poder ilimitados, un considerarse "ser aparte y especial" escasamente comprendidos, una exigencia de admiración por parte de los otros y de recibir un trato especial, una carencia muy básica de empatía y el desarrollo de actitudes de envidia, arrogancia y soberbia. Significativamente -se indica también- su autoestima es muy frágil y sumamente vulnerable<sup>34</sup>.

Así de ambiguo y diferente se nos presenta, pues, el narcisismo. Desde el que fundamenta al Yo y presenta un carácter integrador y unitario, heredero, por tanto, del Eros que busca la unión de lo viviente, hasta el que llega a convertirse en algo letal, distinto del masoquismo, en cuanto que no añora el dolor, pero que peligrosamente pretende la inexistencia, la anestesia, lo neutro y el vacío total. No es ya el heredero del Eros que busca el uno, sino el heredero de Thánatos que pretender borrarlo todo con el cero 35.

### **Autoestima y narcisismo.**

El término de autoestima, sin ser un concepto genuino ni típicamente psicoanalítico

<sup>30</sup> Cf. las esclarecedoras páginas de J. L. TRECHERA, a este propósito. Ib. 68-89.

31 Cfr. La citada obra *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*.

32 J.L. Trechera señala como las más representativas las de B. Bursten, V.D., Volkan, S. Bach, W. Meissner, J. M. Dougall, A. Miller, G. Adler, E. Fromm, A. Green, además de la de O. Kernberg. Igi., 91-100. Finalmente, el autor, realiza una esclarecedora valoración final de todas ellas, agrupando la sitomatología alrededor de cinco rasgos fundamentales: imagen distorsionada de uno mismo, falta de empatía, exhibicionismo, maquiavelismo y dominancia, poder. Ibid. 119-120. Es de valorar igualmente el trabajo de V. Herández, *Patología narcisista i "Borderline"*, Fundació Vdal i Barraquer, Barcelona, 1991.

33 Su última edición (DSM-IV, Masson, Barcelona, 1995) lo recoge en sus páginas 674-678.

<sup>34</sup> DSM-IV, Masson, Barcelona 1995, 674-678.

35 El estudio ya citado de P. Guillem, J.A. Loren, E. Orozco, realiza una espléndida síntesis de los autores que han destacado la vertiente destructiva del narcisismo. Cf. Ibid, 70-72.

(en pocos diccionarios de psicoanálisis aparece), se hace presente también en el texto freudiano como *Selbstgeföhls*<sup>36</sup>. Siempre, eso sí, relacionado con lo narcisista. En la *Introducción al narcisismo*, en efecto, Freud procura llevar a cabo un estudio de la autoestima en el individuo normal y en el neurótico. En todo caso, se le presenta como *una expresión de la magnitud del yo. Todo lo que una persona posee o logra, cada residuo del sentimiento de la primitiva omnipotencia confirmado por su experiencia, ayuda a incrementar su autoestima*. Existe una íntima relación, pues - continua diciendo- entre la autoestima y la libido narcisista. De ahí, que la autoestima pueda ser expresión de situaciones profundamente patológica o, por el contrario, también, como el narcisismo, expresar dimensiones normales y positivamente sanas de la vida normal<sup>37</sup>.

Y sin llegar al caso de que la autoestima se contraponga a la heteroestima, si cabe, como en la dialéctica que se establece entre libido narcisista y libido objetal, que la heteroestima traiga consigo una reducción de la autoestima. En determinadas situaciones amorosas, por ejemplo, la sobrevaloración del objeto amado, llevará paralelamente consigo una disminución de la propia estima: *el enamorado es humilde*, afirma Freud a este respecto. El que ama pierde una parte de su narcisismo y sólo puede compensarlo siendo amado por el otro. Es la sabia manera en la que la autoestima se recupera de su pérdida. De lo que también se sigue, en un significativo círculo, que la imposibilidad para amar pueda veír, por su parte, a disminuir extraordinariamente el sentimiento de autoestima.

En conjunto, pues, la autoestima es considerada por Freud como un residuo del narcisismo infantil, una expresión de la satisfacción que proporciona el cumplimiento de un ideal o, también, el resultado benéfico de la satisfacción que se experimenta en la vinculación amorosa con los objetos 38.

Se podría, pues, razonablemente concluir que la autoestima es *una forma de satisfacción de la libido narcisista en el adulto* 39, sin que, con ello se pretenda

---

<sup>36</sup> Traducido unas veces como *autoestimación* y otras como *autoestima* en la edición española de López Ballesteros y como *sentimiento de sí* en la edición argentina de Amorrotu.

<sup>37</sup> Cf. *Introducción al narcisismo*, O.C., II, 2031.

38 *Introducción al Narcisismo*, 1914, G.W., X, 165; o.c. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, II, 2031 y o.c., Amorrotu, Buenos Aires, 1976, XIV, 94. Cf. II, 3032. Como resultado del cumplimiento de un ideal reaparece el tema de la autoestima en el texto freudiano a propósito de *Moisés y del pueblo judío*: la realización de una gran hazaña, la capacidad para renunciar a los estratos más primitivos de la personalidad traen consigo un reforzamiento de la autoestima. Cf. *Moisés y la religión Monoteísta*, 1938, oc, III, 3311-33112. Sobre las vinculaciones entre el amor, su pérdida y la autoestima encontramos también las ideas importantes en *Duelo y melancolía*, 1917, II, 2093-2094.

39 Así aparece definida en el citado Diccionario freudiano de J.L. Valls. Produce -según explica este autor- una sensación de bienestar indefinido, no relacionada en forma directa con descargas pulsionales. Es más bien un estado básico. La autoestima está relacionada de manera íntima con la confianza en sí mismo, con el talante o estado de ánimo, con la autovaloración. En este sentido es pilar básico de la salud y de la fortaleza yoica. A. Segal, por su parte, la define como un sentimiento

atribuir *a priori* ningún carácter insano, regresivo o infatilizante. Una correcta percepción del narcisismo nos habrá hecho entender que ésta es una dimensión básica de la afectividad y que un remanente narcisista se hace de alguna manera imprescindible para funcionar eficazmente en las relaciones con uno mismo y también con los otros. Su carácter sano o patológico le vendrá, pues, del tipo de narcisismo al que se enlaza y del que sea expresión. Es evidente que la autoestima de la que fácilmente hace gala, por ejemplo, el paranoico o el maníaco constituye un desenfoque importante de sí mismo y un obstáculo grave en su relación con los demás. La autoestima que brota, por el contrario, por la realización de la obra bien hecha o del sentimiento de valer para la persona amada habrá de ser considerada como un exponente de un sano amor a uno mismo. Narcisismo, pues, el del paranoico y narcisismo también en el otro caso, pero, según pudimos ver, narcisismo de signo y valor muy diverso.

Por todo ello se podría justamente colegir que ni el narcisismo es tan negativo como fácilmente se sobreentiende, ni la autoestima tan positiva como fácilmente tendemos hoy a pensar. Ni tampoco son, de hecho, fácilmente diferenciables entre sí. Tendríamos más bien que pensar que es posible un narcisismo carente de autoestima, pero que difícilmente se pueda dar una autoestima sin relación alguna al narcisismo, posea este un carácter positivo o no.

El narcisismo, en efecto, puede impedir en ocasiones un nivel suficiente de autoestima. Es el caso en el que el Yo Ideal adquiere tal magnitud, que la realidad personal del sujeto venga a suponer, en su limitación, un mentís para sus ilusorias aspiraciones. El resultado no podrá ser sino el de una pésima autoestima. Es la situación de Narciso que, en realidad, no ama su propio ser, sino la representación imaginaria e idealizada que él percibe reflejada en el agua. Frente a ella, su propia realidad puede terminar siendo odiosa. La autoestima, pues, necesita del narcisismo para producirse y mantenerse en un tono suficiente y puede enfermar, sin embargo, cuando la fuente narcisista de la que mana adquiere una densidad que traspase ciertos límites.

### **Afecto y cognición en la autoestima**

En la comprensión de la autoestima se plantea un problema al que se presta escasa consideración. Se trata del tema de hasta qué punto ella incluye y articula los procesos cognitivos junto a los puramente afectivos. Encontramos, en efecto, que en las más mejores definiciones de la autoestima se incluye un elemento autocrítico, evaluativo, que garantizaría su sano desarrollo. *La autoestima* - afirma acertadamente J. V. Bonet- es *la percepción evaluativa y afectiva de uno mismo, o*

---

basado en la buena relación, no idealizada, entre el sí mismo y los objetos internos. Cf. *Some clinical implications of Melanie Klein's work*. Emergens from narcissism. Int. J. Psycho-Anal, 46 (1983) 269-276.

dicho todavía en otros términos, *lo que uno piensa y siente de sí*<sup>40</sup>. Según Burns- *el conjunto de las actitudes del yo hacia sí mismo*, donde actitud se entiende como una pauta más o menos estable de percepción sensorial, pensamiento, evaluación, sentimiento y acción con relación a un objeto, una institución o una persona. Se trata, pues, de un sentimiento respecto a la propia realidad que *está fundado en acertadas percepciones de sí*. En los desarrollos del concepto de autoestima no nunca falta, por lo demás, un señalamiento de la necesidad de enfocar convenientemente el afecto positivo hacia uno mismo para no venir a caer en ningún modo de egocentrismo infantil. La autoestima parece, pues, debe ir acompañada de un trabajo de autoanálisis crítico que necesariamente implica la participación de las funciones cognitivas.

No parece, sin embargo, que haya unanimidad a la hora de entender la autoestima como esa articulación de elementos afectivos y cognitivos. Más bien se resaltan, casi con exclusividad, las dimensiones amorosas respecto a uno mismo, dejando muy en segundo plano, cuando no en el olvido total, esas otras dimensiones evaluativas o autocríticas. Así, por ejemplo, Branden, uno de los autores más señalados en este tema, se refiere a ella como *la disposición a considerarse competente para hacer frente a los desafíos básicos de la vida y sentirse merecedor de la felicidad*<sup>41</sup>. Y tenemos la impresión de que así es cómo fundamentalmente se interpreta en el público que, en general, se acerca y abunda en el tema. A veces, incluso, se habla directamente de "autoamor" como término equivalente<sup>42</sup>.

No es nada extraño, por lo demás, si tenemos en cuenta lo que el mismo término de *estima* significa en nuestro lenguaje habitual. El *Diccionario de la lengua española* define "estima" como *Consideración y aprecio que se hace de una persona o cosa por su calidad y circunstancias*. También el *Diccionario del uso del español* de María Moliner entiende "estimar" como *Atribuir a alguien o algo un valor para uno mismo o en general*. La valoración positiva parece, pues, situarse en un primer plano. Ella podría derivar de una evaluación previa que incluyese elementos de orden cognitivo, discriminativo y crítico. Pero la estima parece ser el resultado final que implica, por sí misma, aprecio y valoración positiva.

Es lo que cada vez más notoriamente se deja ver en el uso habitual del término. La referencia más común que oímos a propósito de la autoestima es de la de *quererse, mimarse, aplaudirse, premiarse, valorarse positivamente, tener unos buenos sentimientos respecto a uno mismo*<sup>43</sup>. Todo lo cual puede ser, efectivamente, muy

---

<sup>40</sup> Cf. J. V. BONET, *Sé amigo de ti mismo*, Sal Terrae, Santander 1994, 18 y *Aprender a quererse*, Manantial, Valencia 1998, 35; *Autoestima, narcisismo y solidaridad*. Razón y fe 1133 (1993) 289-298.

<sup>41</sup> Citado por J. V. BONET, *Aprender a quererse*, 34.

<sup>42</sup> Cf. A. ANDRÉS, *El hombre en busca de sí mismo: autoamor*, Azenai, Madrid 1995; M. A. MARTÍN, *Puedo ser otro... y ser feliz*, Azenai, Madrid 1988.

<sup>43</sup> Cf. en este sentido las publicaciones de L. L. HAY que prodigan en el culto a sí mismo con libros,

positivo e importante para el desarrollo y maduración personal en determinados momentos. Pero, la insistencia casi exclusiva en esa dirección, el recelo y "cuasi" alergia que se advierte con frecuencia a experimentar cualquier tipo de autocrítica o sentimiento de culpa (que, en tantos momentos resultara imprescindible para la transformación del sujeto), o, lo que es peor todavía, la polarización de toda la tarea de maduración personal en torno a la temática de la autoestima, puede traer consigo derivaciones muy negativas para esa misma maduración y desarrollo que se pretende.

A este propósito, resulta especialmente esclarecedora la reflexión que O. Kernberg, realiza a propósito de la autoestima. Esta o debe ser un simple reflejo de "caetexias institutivas". Es decir, no debe ser el resultado de un ciego amor a sí mismo, sino que debe combinarse componentes afectivos difusos y otra más avanzada, en la que el predominio es de los componentes cognitivos diferenciados y que muestra tan sólo "*repercusiones afectivas atenuadas*"<sup>44</sup>. Señala este autor, además, que las oscilaciones de los estados de ánimo relacionados con la autoestima dejarían poniendo de relieve esaparticipación esencial de los afectos en lapropia percepción de sí mismo. Cuando la autoestima está regulada por funciones superyoicas más avanzadas -es decir, por instancias más autocríticas- la autoevaluación es más precisa, no provoca oscilaciones anímicas de importancia y deja ver la mayor participación de los componentes cognitivos.

### **La autoestima como estación de paso.**

No estamos seguros de que sea ese tipo de autoestima que articula afecto y cognición la que se proclama con amplitud en nuestros días, bajo la presión de una cultura que invita a desentenderse de todo compromiso y que incita al culto más decidido del individualismo<sup>45</sup>. Esa cultura post-moderna exaltadora de lo individual, está presionando en una dirección muy particular y, probablemente, encontramos ahí una de las causas fundamentales por las que, a pesar de los esfuerzos que se realizan por comprender la autoestima como una evaluación crítica de sí mismo, se venga a entender, de hecho, tantas veces, como un mero amor a la propia persona.

Como acertadamente advierte Martínez Holgado nuestra cultura de hoy deja muy en segundo plano las emancipaciones colectivas y convierte al yo, a la vez, en barco y en puerto. Desde ahí, se genera una sed de sí mismo, una exaltación de la búsqueda interior y una consagración a la autorrealización como valor último y

---

agendas y calendarios llenos de mensajes y consignas diarias en este orden de cosa. Así, por ejemplo, en *Amate a ti mismo: cambiarás tu vida*, Urano, Barcelona 1991.

<sup>44</sup> O. KERNBERG, *Desordenes fronterizos y narcisismo patológico*, Paidós, Barcelona 1988, 280.

<sup>45</sup> Cf. J. MARTÍNEZ HOLGADO, en su trabajo *En el centro de la Burbuja (En torno al narcisismo)*: Sal Terrae 77 (1989) 803-816.

supremo. Todo conduce a una situación en la que no cabe más religión que la del yo, ni liturgia distinta de la del autodescubrimiento<sup>46</sup>. No es de extrañar que historiadores, sociólogos y psicólogos coincidan en que estamos viviendo el apogeo del narcisismo como tema central de la cultura. Los psicopatólogos, por su parte, añaden, no sin razón, que la crispación neurótica de otros tiempos pareciera dejar paso a la flotación narcisista de nuestros días<sup>47</sup>.

La insistencia, además, en la autoestima como norte fundamental y básico del propio trabajo de maduración personal o como idea organizadora básica de la conducta, puede extraviar el rumbo de ese mismo proceso personal de un modo catastrófico. Lo que tendría que ser tan sólo una base, se convierte en el edificio completo. Lo que no tendría que ser sino un punto de partida se convierte en finalidad última. Se produce así la sobredosis narcisista que ahoga al sujeto en su propia realidad infecunda. Puede resultar fascinante y prometedor -como a Narciso le resultaba su imagen en reflejada en el agua- pero sumamente peligroso y destructivo terminar diciendo con el poeta *quisiera ser todo de vino para beberme*.

Parece bastante cuestionable, bajo este punto de vista, el aglutinar en el concepto de autoestima toda una serie de procesos psíquicos de relevancia de los cuales, muchos tendrían que ser considerados ajenos propiamente al fenómeno. La sensibilidad ante el otro, la sana conciencia de culpabilidad, la asertividad en el comportamiento, etc. se incluyen fácilmente como formando parte de la misma naturaleza de autoestima. Siendo así que, aun guardando evidentes relaciones con su dinámica, son procesos que poseen una entidad diferente, por su génesis y estructura. Por otra parte, se advierte también un empeño paralelo en alejar de ella una dimensión, como la del narcisismo, que, según los análisis precedentes, habría que considerar como directa e íntimamente implicada en el fenómeno. Venimos así a una elaboración teórica de la autoestima en la que todo aquello que se considera positivo en orden al crecimiento personal se incluye dentro de su naturaleza y esencia. De este modo, llega a adquirir una posición de piedra angular que sería muy cuestionable desde una visión amplia de los procesos madurativos de la personalidad.

Es la autoestima una estación de paso. Sabemos bien que -como lo resaltó H. Kohut- es necesario haber recibido unos suministros narcisistas importantes en la primera infancia para poder adquirir una suficiente seguridad y confianza en sí mismo. Cuando ésta no ha tenido lugar de modo suficiente sobreviene el trastorno narcisista: la necesidad imperiosa de ser reconocido por los otros, la urgencia por restañar las heridas infringidas en el pasado. Sería, pues, muy peligroso que la autoestima viniera a convertirse en cómplice de esta necesidad enfermiza. Ello

---

<sup>46</sup> Cf. Ib.

<sup>47</sup> Cf. una vez más J. L. TRECHERA, Ib. 11-28. Cf. también el sugerente trabajo de L. LÓPEZ-YARTO, *Hombres con psicología de diocesillos* : Sal Terrae 80 (1991) 91-101.

significaría perder de vista que -como señaló Freud- *si un intenso egoísmo protege contra la enfermedad; al fin y al cabo, hemos de comenzar a amar para no enfermar*<sup>48</sup>. Quizás haya que ser en la infancia el rey de la casa. Pero si no se acaba destronando al reyezuelo, se quedará éste entontecido, narcotizado en su propio narcisismo y autoestima infantil.

### **Autoestima por añadidura**

Es verdad que existen muchos sujetos castigados por una educación o espiritualidad ensañada en resaltar las dimensiones más negativas de sí y en exaltar la culpa y el menosprecio personal. Es cierto que esa educación ha considerado fuera de la norma cualquier mirada complaciente o positiva sobre uno mismo y que los efectos que se han derivado de esas propuestas son terriblemente dañinos para esos mismos sujetos. Centrar la atención en el problema de la baja autoestima puede ser, por ello, en muchos momentos, una tarea inexcusable y una parte importante del proceso de saneamiento general del individuo. Lo que parece más problemático es centrar todo el proceso de maduración personal en esa mirada a la propia imagen dañada con el empeño de "positivarla" a toda costa. Puede convertirse también, por lo demás, en un importante error estratégico de cara incluso al restablecimiento de la autoestima, el plantear el conjunto de la tarea como un empeño en sanear la propia imagen dañada. Esas heridas del pasado, probablemente, no van a cicatrizar en una acción permanente de lamerlas o de exigir a los otros que hagan lo mismo. En muchos momentos, por lo demás, se habrá de aprender a caminar de modo permanente, experimentando el dolor de esa herida que no acaba de cicatrizar, pero que sólo encontrará su mejor alivio en el empeño por trabajar y amar, como pilares fundamentales en los que hay que centrar todo empeño de maduración. Ese puede ser la mejor vía para favorecer la mejor de las autoestimas.

Acertada es y muy pertinente al respecto, la formulación popular de *pasarse la vida mirándose el ombligo*. Desde el psicoanálisis, Denis Vasse, ha sabido ver en esa peculiar formación orgánica una representación simbólica de aquello que nos cierra y nos confina en el espacio de nuestra propia <sup>49</sup>piel. Hay que cortar y cerrar el cordón umbilical, es obligado "cerrar" al niño para que sea él desde la separación que lo constituye en un ser aparte. Frente a este cierre, la voz vendrá a significar su apertura y la huella de su separación radical de los otros. Si *el ombligo es cierre. La voz es subversión del cierre*<sup>50</sup>. Pero el ombligo parece guardar una especie de terrible fascinación, que se refleja, por ejemplo en las fantasías y dibujos de muchos psicóticos. Es la huella de lo perdido: una situación en la que no existía distancia y diferencia y en la que todo era sólo y exclusivamente nuestra propia

---

<sup>48</sup> *Introducción al narcisismo* 1914, O.C., 2024.

<sup>49</sup> Cf. *El ombligo y la voz*, Amorrortu, Buenos Aires 1974, 99.

<sup>50</sup> *Ib.* 21.

realidad: el narcisismo primario de la situación intrauterina. Por ello, la expresión *pasarse la vida mirándose el ombligo* refiere una tendencia enormemente significativa. Determinadas propuestas concernientes a la autoestima pueden venir a caer, sin percatarse de ello, en una peligrosa complicidad con esa tendencia<sup>51</sup>.

El psicoanálisis nos invita más bien a pensar que es e la entrega a empeños orientados por los objetos exxternos, sin cuidarse mucho de que promuevan o no el sí mismo, los que, de modo colateral mantienen y promocionan a la persona 52. Como señala O. Kernberg, el aumento en la capacidad de amar, de sentir y expresar gratitud, de preocuparse por los demás, así como en la capacidad de amor sexual, de sublimación y creatividad es lo que mejor carga la batería del sí mismo.

No parece, pues, la vía de *mirarse el ombligo* la más pertinente para acceder a la autoestima. Tampoco la de lamer y exigir a otros que laman las heridas narcisistas que nos pudieron infringir en el pasado. Cabrá en algún momento o en alguna situación particular, qué duda cabe, detenerse a considerar el impedimento que para ello nos puede venir desde una imagen negativa y desvalorizada de nosotros mismos. La mirada, sin embargo, no deberá perder su norte. Desde el momento en el que ese trabajo personal pierda su carácter funcional y provisorio, estaremos pervirtiendo su sentido y equivocando la estrategia. Hoy día, bajo una importante presión socio-cultural, el peligro de sobredosis nos acecha de modo importante. Las consecuencias pueden ser graves. Como lo fueron para Narciso: ebrio de sí mismo, indiferente a lo que no fuera su propia realidad personal, infecundo en la trampa de su propia imagen, no pudo hallar sino la muerte en un encuentro, a modo de choque brutal y fatídico, consigo mismo.

#### Bibliografía.

Bonet, J.V. *Sé amigo de ti mismo. Manual de autoestima*, Sal Terrae, Santander, 1994.

Castanyer, O. *La acervividad: expresión de una sana autoestima*. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1996.

Freud, S. *Introducción al narcisismo*, 1914, o.c. II, 2017-2033. *Observaciones psiconanalíticas sobre un caso de paranoia ("Dementia paranoides")*. *Autobiográficamente descrita*, 1911, OC, II, 1516-1517. *Totem y tabú*, 1914. Oc, ii,

---

<sup>51</sup> Cf. A este propósito J. M. FERNÁNDEZ MARTOS, *El nuevo narcisismo o la represión de la comunicatividad*: Sal Terrae 71 (1983) 611- 624.

52 Como afirma M.N. Eagle en una acertada valoración crítica de los postulados de H. Kohut concernientes al sano narcisismo, es la reciprocidad de empeño orientado a los objetos y la preocupación por sí mismo la que Freud postulaba en 1914 entre las investiduras libidinales de objeto y oas narcisistas. Cf. *Desarrollos contemporáneos recientes en psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1988, 72-74.

1803.

Green, A. *El narcisismo primario ¿estructura o estado?*, Proteo, Buenos Aires, 1970.

Guillem. P. Loren J.A, Orozco E. *Le narcissisme dans le processus de structuration et de structuration psyquiques: Introducción: Revvue Francaise de psychaalyse*, LV (1991) 1-272.

Hernández, V. *Patología narcisista i "Borderline"*, Fundació Vidal i Barraquer, Barcelona 1991.

Jornstein, *Narcisismo, autoestima identidad, alteridad*, Paidós, Buenos Aires 2000.

Kernberg, O. *Desórdenes fronterisos y narcisismo patológico*. Buenos Aires, 1990.  
Análisis del Sefl, ]Amorrortu, Buenos Aires, 1977.

Lipovetsky, *La era del vacío. Anagrama, Barcelona, 19...*

Martínez Holgado, *En el centro de la burbuja*, Sal Terrae 77 (1989) 803 816.

Sandler, J. (Comp.), *Estudio sobre "Introducción al Narcisismo" de Sigmundo Freud*, Tecnipublicaciones, Madrid, 1991.

Trechera, J. L. *El trastorno arcisista de la personalidad: concepto, medida y cambio:* publicacioes ETEA, Córdoba, 1997.

¿Qué es el narcisismo? Desclée de Brower, Bilbao, 1996.

Vasse, D. *El obiligo y la voz*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974.